



CONCEPTOS  
Y FENÓMENOS  
FUNDAMENTALES  
DE NUESTRO  
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

A PROPÓSITO DEL TERRORISMO, LA  
PROPAGANDA Y EL PODER IMPERIAL  
CARLOS FAZIO

Mayo 2012

## **A PROPÓSITO DEL TERRORISMO, LA PROPAGANDA Y EL PODER IMPERIAL**

Por Carlos Fazio

Como en el juego de las prendas, la violencia gira en redondo. Un día en Bombay, Gaza o Madrid, otro en la sinagoga Neve Shalom de Estambul, el mercado de Bagdad o en las torres gemelas de Nueva York, uno más en las calles ocupadas de Falluya o en Beslán. Gira y no se detiene. Y cruza mares y océanos y estalla por los aires sobre Barbados o la campiña de la británica Lorchfield. También se experimenta en el campo de concentración de Guantánamo y en Abu Ghraib y en la red de cárceles clandestinas de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). A partir de la segunda mitad del siglo XX, el terror y el terrorismo se han enseñoreado y nadie puede atribuírselos en exclusiva. No obstante, suele decirse que el terrorismo es el arma de los pobres o de los débiles. Pero adicionalmente se trata del recurso más frecuente de quienes tienen las mejores armas y el poder de inducir el olvido de sus crímenes aun en las sociedades más abiertas.

En principio, terrorismo es el uso calculado y sistemático del terror para inculcar miedo e intimidar a una sociedad o comunidad. Es una clase específica de violencia. Como táctica, es una forma de violencia política contra civiles y otros objetivos no combatientes, perpetrada por organizaciones no gubernamentales, grupos privados (por ejemplo, guardias blancas, mercenarios a sueldo de compañías transnacionales, etcétera) o agentes clandestinos que pueden ser incluso estatales o paraestatales, cuyo alcance trasciende con frecuencia los límites nacionales. Se trata de una acción indirecta, ya que el blanco instrumento (víctimas que no tienen nada que ver con el conflicto causante del acto terrorista), con frecuencia seleccionado por su valor simbólico o elegido al azar (blanco de oportunidad),<sup>1</sup> es usado para infundir miedo, ejercer coerción o manipular a una audiencia o un blanco primario, a través del efecto multiplicador de los medios masivos de difusión, que pueden ser utilizados además como vehículos de publicidad o propaganda armada para desacreditar y/o desgastar a un gobierno o a un grupo rebelde.

Visto así, el terrorismo es más que la simple violencia, que implica la presencia de dos partes, el agresor y la víctima. El terrorista necesita una tercera parte que pueda ser

---

<sup>1</sup> La arbitrariedad y el azar (le puede suceder a cualquiera) son dos de los atributos más importantes para que el terror sea terrorífico.

intimidada por el trato infligido a la víctima.<sup>2</sup> En ese sentido, el término terrorismo puede aludir a acciones violentas perpetradas por unidades irregulares secretas o grupos independientes de un Estado (conformados por agentes sub-estatales autoorganizados con motivaciones políticas), pero también abarca una categoría importante de actos realizados o patrocinados de manera directa o indirecta por un Estado, o implícitamente autorizados por un Estado contra sus súbditos, con el fin de imponer obediencia y/o una colaboración activa de la población, aun cuando las fuerzas policiales o militares no estén involucradas. Verbigracia, escuadrones de la muerte o grupos paramilitares.

No obstante, muchos autores y gobiernos se niegan a identificar el terrorismo de Estado y los métodos terroristas de algunos movimientos de resistencia como parte de un mismo fenómeno. Ello ha incidido en el hecho de que no exista hasta hoy un concepto legal de terrorismo aceptado de manera universal. Sin embargo, más allá de que la frontera entre terrorismo y otras formas de violencia política sea muy tenue, y de que el hecho terrorista incluya realidades muy heterogéneas, con propósitos, fines y objetivos variados, el manejo del lenguaje aplicado a las palabras terror y terrorismo ha sido utilizado, en general, como un instrumento semántico por los países poderosos del mundo occidental y los medios de difusión masiva a su servicio.

En ese sentido, el lenguaje que se utiliza no es para nada inocente: la palabra terrorismo es aplicada siempre para el terrorismo *del otro*, mientras que el propio es encubierto mediante eufemismos. Por ejemplo, los “luchadores por la libertad” de Ronald Reagan en la Nicaragua sandinista. Un ejemplo casi bíblico sería la red Al Qaeda, originariamente formada por señores de la guerra y ejércitos privados de mercenarios, que fueron financiados y apoyados por Washington para luchar contra los invasores soviéticos, pero que al voltearse contra *El Príncipe* fueron reconvertidos en terroristas por la Casa Blanca. Otros ejemplos, con características distintas, son el Irgún y la Banda Stern”, que aplicaron el terrorismo antes de la fundación del Estado de Israel y luego acusaron a los descendientes de sus víctimas de terroristas.

Conviene recordar que como ocurre con toda palabra, es válido distinguir el significado del término terrorista, de la connotación que adquiere al situarlo en un contexto determinado, así como la utilización política en la que el contexto tiene prioridad, máxime cuando se eliminan algunos elementos de su contenido. Así, cargado de connotaciones negativas o peyorativas, aplicado de manera discrecional y maniquea,

---

<sup>2</sup> Ver Rich Mkhondo, “Terrorismo”, en *Crímenes de guerra. Lo que debemos saber*. Debate, Grupo Editorial Random House Mondadori, S. L., Barcelona, 2003.

terrorismo ha devenido en un término meramente propagandístico para descalificar a un enemigo o adversario político-ideológico, más que para definir una situación objetiva. Es decir, se le ha dado un uso político y propagandístico determinado.

A su vez, en el marco de la “guerra mundial” de George W. Bush contra el “enemigo terrorista” después del 11 de septiembre de 2001, el concepto, incluido en la agenda de los gobiernos y los principales partidos políticos de Occidente, cobró una centralidad excesiva, mayor que la incidencia real que ese fenómeno tiene sobre la sociedad. Aunado a otro hecho: como apunta el analista francés Alain Joxe, el nuevo “enemigo global” de Washington, el terrorismo, no es un *adversario* sino tan sólo una *forma de violencia política*, lo que no permite ninguna estrategia política y militar preventiva, tan sólo una militar policial punitiva.<sup>3</sup> O de otra manera, la supresión del terrorismo no es un objetivo político clausewitziano que pueda terminar con una victoria y una paz, aún más cuando las acciones contraterroristas siempre están ligadas a un terrorismo de Estado o de imperio y a violaciones de los derechos del hombre, medidas que se encuentran siempre en el origen de las resistencias armadas y del terrorismo. Como dice Joxe, si no se atacan las causas ese ciclo se refuerza. Con independencia de que el terrorismo pueda ser deseado para detonar y/o legitimar acciones gubernamentales ya planeadas, y en muchos casos las propias autoridades utilicen al “agente provocador” o lleven a cabo atentados terroristas bajo banderas falsas.

### **Antecedentes necesarios**

El fenómeno no es nuevo. El terrorismo ha sido practicado por muchas razones y con diferentes niveles de éxito desde el principio de la historia. Etimológicamente, la palabra “terror” proviene del latín *terror* o *terroris*, sinónimo de *Deimos*. En la antigua Grecia, Ares, dios de la guerra, tenía dos hijos: Probos (Miedo) y Deimos (Terror).

Se dice que los Zelotas y los Sicarios judíos practicaron el terrorismo contra los romanos y contra quienes consideraban colaboracionistas en el primer siglo de la era cristiana.<sup>4</sup> Algunas fuentes señalan que ya en el siglo XII, un grupo ismailí de los

---

<sup>3</sup> Alain Joxe, *El imperio del caos*. Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

<sup>4</sup> Ver José María Tortosa, “La palabra terrorista”. El catedrático de la Universidad de Alicante cita una entrevista de Ari Shavit a Avshalom (Abu) Vilan, uno de los fundadores de Paz Ahora y parlamentario en el Knesset por Yahad-Meretz, publicada bajo el título “The coming civil war”, en *Ha'aretz*, Jerusalén, 21 de agosto de 2004.

musulmanes shiíes, denominado “Los Asesinos”,<sup>5</sup> llevó a cabo campañas terroristas contra musulmanes suníes.

En 1532, en su obra clásica *El Príncipe*, Nicolás Maquiavelo señalaba que “es más seguro ser temido que amado”, consejo que podría ser el antecedente del “terrorismo de Estado”. En el ámbito religioso, la Inquisición de la Iglesia católica fue terrorismo puro, y tras la Contrarreforma<sup>6</sup> grupos católicos y protestantes se aterrizaron mutuamente en Irlanda. A su vez, el terrorismo como acto realizado por los súbditos o ciudadanos, encuentra sus orígenes en las doctrinas del tiranicidio (el asesinato “legal” de un tirano) y el derecho a la resistencia o rebelión, que se consolidaron como tales durante la Edad Media, como respuesta de los particulares a los abusos de poder del Estado.<sup>7</sup> Al respecto, la frase “el árbol de la libertad debe ser regado con la sangre de los patriotas y de los tiranos”, atribuida a Thomas Jefferson, ha sido tomada como un llamado al sacrificio y al tiranicidio.

Sin embargo, la palabra terrorista, así como los términos terroristas y aterrizar, no aparece sino hasta el siglo XVIII en Francia, durante el llamado “Reino del Terror” (1793-1794), cuando el gobierno jacobino encabezado por Robespierre encarceló y ejecutó opositores sin respetar las garantías del debido proceso.<sup>8</sup> Aplicado por los monárquicos como *propaganda negativa* en contra del gobierno revolucionario, figura como otro antecedente del terrorismo de Estado. El 24 de diciembre de 1865, luego de la derrota de la Confederación en la Guerra Civil estadounidense, surgió en el poblado de Pulasky, Tennessee, el Ku Klux Klan, grupo supremacista blanco que aterrizaraba a los antiguos esclavos negros.<sup>9</sup>

---

<sup>5</sup> Los nizaríes, a quienes sus enemigos llamaron hashshashiín (también Hashshashin o Hashishin), de la que procede el término asesinos, fueron una rama de la secta religiosa ismaelita de los musulmanes chiítas en el Medio Oriente, activa entre los siglos VIII y XIII. Se hizo famosa a partir del siglo XI por su actividad estratégica en asesinatos selectivos contra dirigentes políticos o militares. En ese período, tuvo su sede principal en la fortaleza de Alamut, en los Montes Elburz, al norte del actual Irán.

<sup>6</sup> Como Reforma o Contrarreforma se denomina el cisma surgido durante la primera mitad del siglo XVI en el seno de la Iglesia católica.

<sup>7</sup> En la antigua Grecia se reconocía el derecho de cualquier persona de matar a un gobernante tirano, aunque la teoría del tiranicidio comenzó en la escolástica medieval europea, retomando expresiones de San Isidoro de Sevilla y Santo Tomás de Aquino.

<sup>8</sup> En su discurso ante la Asamblea Nacional de Francia, el 5 de febrero de 1794, Robespierre dijo que “si la fuerza del gobierno popular en tiempos de paz es la virtud, la fuerza de un gobierno popular en tiempos de revolución es al mismo tiempo la virtud y el terror. La virtud, sin la cual el terror es cosa funesta; el terror, sin el cual la virtud es impotente. El terror no es otra cosa que la virtud pronta, severa, inflexible”.

<sup>9</sup> Conformado inicialmente por ex combatientes confederados, los miembros del Klu Klux Klan tomaron ese nombre por la onomatopeya del sonido de una carabina al armarse. La creación del Klan fue una respuesta a las ideas avanzadas de los yanquis, que abolieron la esclavitud y dieron algunas libertades a los negros. Con la idea de combatir esas ideas “subversivas”, los *klansmen* (hombres del Klan) se agruparon en torno al ideal del concepto del WASP (White Anglo-Saxon Protestant, es decir, Blanco Anglosajón Protestante).

Durante la segunda mitad del siglo XIX, en toda Europa, partidarios del anarquismo y del cambio social radical utilizaron el terror como arma política, tomando como inspiración el terrorismo de Estado de la Revolución Francesa. En 1862, Piotr Zaichnevski redactó el manifiesto de la Joven Rusia, y en 1878 surgió el grupo populista Narodnaya Volya, creado en oposición al zar. Tres años después, la bomba que destrozó al “señor de todas las Rusias”, Alejandro II, actuaría como una señal en el Viejo Mundo y se sucederían varios asesinatos de mandatarios vía atentados. Entre ellos, el de la emperatriz Isabel, esposa de Francisco José I, asesinada por un anarquista italiano en 1898. Otro atentado terrorista individual, el del serbio Gavril Princip contra el archiduque Francisco Fernando de Habsburgo en Sarajevo, en 1914, desencadenó la Primera Guerra Mundial.

A su vez, al otro lado del Atlántico, el asesinato del presidente William McKinley a manos del anarquista León Czolgosz, hijo de inmigrantes polacos pobre, en 1901, permitió la llegada al poder del vicepresidente Theodore Roosevelt. Más tarde, en septiembre de 1920, un auto cargado de dinamita explotó en la célebre esquina de las calles Wall y Broad, frente a las oficinas centrales de J. P. Morgan Inc., en Nueva York. Y ya avanzado el siglo XX, el terrorismo nacionalista fue aplicado o patrocinado por los Estados, por ejemplo en Serbia, en la Italia fascista de Benito Mussolini y en Alemania, donde las tropas de asalto hitlerianas y los *camisas pardas* gobernaron y llevaron el terror de Estado fuera de sus fronteras.

Durante la Segunda Guerra Mundial, miembros de la resistencia (el maqui francés, los partisanos yugoslavos o italianos) cometieron actos terroristas contra las fuerzas de ocupación alemanas en varios países de Europa. Después de la guerra, en el marco de un amplio movimiento de descolonización, distintos movimientos de liberación nacional recurrirían a la lucha armada. En ese contexto, recrudecerían los actos violentos del Ejército Republicano Irlandés (ERI, 1939), y hacia finales de los años 40, judíos sionistas radicales, integrantes de organizaciones como la Banda Stern y el Irgun Zvai Leumi, utilizaron el terrorismo contra comunidades árabes en Palestina y objetivos británicos (entre ellos el atentado con bombas contra el hotel Rey David de Jerusalén, con saldo de 90 muertos), dando origen dos decenios después, como respuesta, a grupos de resistencia armada como Septiembre Negro, Al Fatah y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), que realizarían atentados y sabotajes en Israel y varios países del mundo (por ejemplo durante los juegos olímpicos de Munich, Alemania, en

1972), desatándose una espiral de violencia que llega hasta nuestros días con la genocida ocupación militar israelí en Gaza y Cisjordania.

En América Latina, varias organizaciones armadas como Sendero Luminoso del Perú y la guerrilla peronista Montoneros, en Argentina, llevarían a cabo atentados con bombas en el marco de la irrupción de la Doctrina de Seguridad Nacional, desarrollada por las dictaduras cívico-militares del Cono Sur a partir de las enseñanzas recibidas en la Escuela de las Américas y otros centros de adoctrinamiento contrainsurgente instalados por Estados Unidos en colegios militares ubicados en su territorio y en las bases del Canal de Panamá. Con el antecedente de la Escuela Francesa de contraterrorismo y *guerra sucia*, ensayada en Argel, en las que abrevaron a finales de los años 50 los militares argentinos y el propio Ejército de Estados Unidos, que aplicó las mismas técnicas en Vietnam en el marco de la Operación Fénix, con saldo de 20 mil desaparecidos en Saigón.<sup>10</sup>

A mediados de los años 70, la “guerra a la subversión” en el marco de la Operación Cóndor –como se conoce a la alianza clandestina de los ejércitos de Brasil, Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay–, sería la máxima manifestación del terrorismo de Estado de cuño estadounidense. En 1978, el general Videla definió de manera singular los alcances del término terrorista, al declarar al *Times* de Londres que “un terrorista no es solamente alguien con un arma de fuego o una bomba, sino también alguien que difunde ideas contrarias a la civilización occidental y cristiana”.<sup>11</sup>

Los atentados contra las *torres gemelas* de Nueva York y el Pentágono en Washington, el 11/S, inaugurarían una nueva era de terrorismo, en dos sentidos opuestos y complementarios: la de los grupos subestatales, con eje en la organización islámica Al Qaeda, y el terrorismo de Estado aplicado ahora a escala planetaria por la superpotencia militar mundial, Estados Unidos.

### **Muchas definiciones, ninguna universal**

Según el Diccionario de la Real Academia Española, terrorismo “es la dominación por el terror”. Terror, a su vez, significa miedo, espanto, pavor de un mal que amenaza o de un peligro que se teme. Pero terrorismo puede ser, también, una “sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror”. Otra acepción refiere la “actuación criminal

---

<sup>10</sup> Ver film de Marie-Monique Robin en Internet o su texto “La letra con sangre”, en el diario *Página12* de Buenos Aires, 1 de septiembre de 2003.

<sup>11</sup> Diario *The Times*, Londres, edición del 4 de enero de 1978.

de bandas organizadas, que, reiteradamente y por lo común de modo indiscriminado, pretende crear alarma social con fines políticos”.<sup>12</sup>

Esa definición alude de manera inequívoca a dos variables. Una es el terrorismo de Estado, tanto en el sentido de dominación por el terror (verbigracia, la larga serie de dictaduras cívico-militares y castrenses en Centroamérica y en el cono sur de América Latina en los años 60 y 70 del siglo pasado), como a la sucesión de actos terroristas para infundir miedo a una población (por ejemplo, los que practica el Estado de Israel en los territorios árabes ocupados y los ataques suicidas con bombas de palestinos en suelo israelí). La otra incluye realidades muy heterogéneas, y se aplica por lo general a actores o estructuras subestatales, autoorganizadas con motivaciones políticas, que utilizan o amenazan utilizar una técnica bélica o métodos de lucha terrorista.

Aunque ambas palabras adquirieron una nueva dimensión tras los atentados del 11/S, ya antes el uso occidental corriente de los términos terror/terrorismo restringía sus significados por motivos puramente ideológicos, a lo que Noam Chomsky y Edward S. Herman definieron de manera temprana como la violencia “al por menor” de quienes se oponen al orden establecido.<sup>13</sup> Así, la utilización de ambos conceptos se limitaron a la violencia ejercida por individuos como Ilich Romeus Sánchez (alias *Ilich Ramírez o Carlos El Chacal*) y el turco Ali Agca, quien en 1981 quiso matar al papa Karol Wojtyla y se hizo católico en prisión; grupos marginales como las fracciones del Ejército Rojo Japonés y la banda Baader-Meinhof Fracción del Ejército Rojo (RAF) de Alemania; las guerrillas latinoamericanas de primera y segunda generación, entre ellas, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Colombia; el nicaragüense Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN); los Tupamaros de Uruguay; el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), de El Salvador; Sendero Luminoso; Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de Argentina, y en los años 90 el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y el Ejército Popular Revolucionario (EPR) de México; grupos independentistas como Euzkadi Ta Askatasuna (Euskadi y Libertad, ETA), el Ejército Republicano Irlandés, la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) de Yasser Arafat y otras organizaciones árabes como Hamas, Hezbollah o la Jihad Islámica Palestina.

---

<sup>12</sup> Terrorismo, Real Academia de la Lengua Española, 2003.

<sup>13</sup> Ver Noam Chomsky y Edward S. Herman, *Washington y el fascismo en el tercer mundo*. Siglo XXI Editores, México, 1981. (Primera edición en inglés, *The Washington Connection and Tirad World Fascism*, 1979).



En tanto que la violencia oficial –o “al por mayor”, como la definieron Chomsky y Edwards en contraposición a la otra–, que es mucho más extensa tanto en escala como en poder destructivo: por ejemplo, el terrorismo de Estado aplicado por las dictaduras de Guatemala, El Salvador, Uruguay, Chile, Argentina, Brasil, Bolivia y Colombia, en algunos casos apoyado por escuadrones de la muerte y organizaciones paramilitares; los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL, de España), así como los “baños de sangre” contrarrevolucionarios en Indochina, Timor Oriental e Indonesia, se colocaban siempre en una categoría diferente y se los describía como “en respuesta”, “retaliación” o “provocados” por forasteros malignos e irracionales, y no como fuente activa e inicial de los abusos.

Para autores como Walter Laqueur, considerado un “clásico” sobre terrorismo en los círculos de poder del mundo occidental, la definición de terror se aplica sólo a “movimientos que han utilizado el terrorismo sistemático como arma principal”.<sup>14</sup> Es decir, al terrorismo desde abajo. Y dado que el Estado no es un “movimiento”, el terror nazi o el aplicado por los militares sudamericanos de la Operación Cóndor, no entran dentro de esa definición. Lo que según Chomsky y Herman sirvió en la práctica “como una forma disfrazada de apología del terror estatal, la tortura y el fascismo cliente” (de Estados Unidos).<sup>15</sup> Asimismo, en la jerga habitual del mundo intelectual, la academia y los medios de difusión masiva occidentales, esa “otra cara” de la cuestión era –y sigue siendo– descrita como “terror benigno” e incluso “positivo” o “constructivo”.<sup>16</sup> Eso ha sido así, porque el uso apropiado de los términos se resuelve no sólo por el estatus oficial o no de los perpetradores de la violencia, sino también por su filiación política.

En el último cuarto del siglo XX, esos mecanismos terminológicos llevaron con frecuencia a Estados Unidos y sus aliados a justificar, por razones ideológicas, la violencia terrorista (matanzas masivas, ejecuciones extrajudiciales, la tortura, las desapariciones forzadas, los escuadrones de la muerte) aplicada por los gobiernos de los países “amigos” (Somoza, Duvalier, Mobuto, Pinochet, Stroessner, Videla o Suharto), mientras manejaban otra lista encabezada por los países “enemigos”, donde ubicaban a Libia, Irán, Irak, Cuba y Vietnam, a los que definían como “Estados terroristas”.<sup>17</sup>

Es decir, bajo los mitos de la defensa de la democracia, los derechos humanos y otros proclamados valores occidentales, intelectuales y medios masivos se vieron en

---

<sup>14</sup> Walter Laqueur, *Terrorism*. Little, Brown, EU, 1977.

<sup>15</sup> Chomsky y Herman, *Washington y el fascismo en el tercer mundo*, op. cit.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> Carlos Fazio, “Semántica del terror”. Diario *Reforma*, 28 de julio de 1996.

serias dificultades para racionalizar la política represiva estatal de muchos Estados clientes de Washington, y adoptaron como solución primaria la supresión masiva o el desviar los ojos de los hechos desagradables relativos a las prácticas aberrantes y sistemáticas que cometían, así como al papel de Estados Unidos en la introducción y protección de la dirigencia del neofascismo latinoamericano. En todo caso, junto con la autocensura, cuando se hacía mención de la tortura, las ejecuciones y el exilio ponían un énfasis selectivo en los hechos y en la administración de las atrocidades, manejando siempre un supuesto “equilibrio” o una falsa simetría, que por lo general inducía a la ficción de que el terror oficial era una respuesta al terror de la “izquierda guerrillera”, y que los muertos de ambas partes eran más o menos equivalentes.

Durante la primera administración de Ronald Reagan –cuyo gobierno fue definido por Chomsky como “extremista” e integrado por “reaccionarios de Estado”–, el jefe de la diplomacia de guerra de Washington, George Schultz, aludió al “maligno azote del terrorismo”, *epidemia* que tenía como fuente a la ex Unión Soviética y que era extendida por los “depravados oponentes de la civilización”. Eran los tiempos en que estaba de moda el silogismo de que si los enemigos de la democracia no son “comunistas”, entonces son “terroristas”, o mejor aún, “terroristas comunistas” o apoyados por el comunismo internacional.

Esa lógica operaba de una manera sencilla: el 4 de mayo de 1978, el gobierno racista de Vorster, en Sudáfrica, en un solo ataque al campo de refugiados namibios de Kassinga, eliminó a un número mayor (más de 600 personas) que el de todas las víctimas juntas del “frío” venezolano Carlos, la banda germana Baader-Meinhof y las Brigadas Rojas italianas; pero Occidente minimizó el hecho.

Por otra parte, y para llevar a cabo esa campaña de guerra ideológica en el marco de la contradicción Este-Oeste, fue necesario ocultar el papel de Estados Unidos en la organización y dirección del terror estatal, así como su extensa participación en el terrorismo internacional, como en el caso de los ataques mercenarios contra Cuba, perpetrados por organizaciones como la Brigada 2506, Alpha 66 y los Comandos L, así como el derribo de la nave de Cubana de Aviación sobre Barbados, uno de cuyos autores intelectuales fue Luis Posadas Carriles, actualmente libre en Estados Unidos. Otro ejemplo sería Nicaragua, donde Washington participó de manera directa en el minado del puerto de Corinto, a la vez que instrumentó la llamada “guerra de los *contras*”, que fueron financiados, armados y entrenados por la Agencia Central de Inteligencia, con un saldo de 57 mil víctimas, entre ellas 29 mil muertos, y que a la

postre derivó en el escándalo *Irangate*.<sup>18</sup> También se necesitaba echar mano de la “ingeniería de la historia” en relación con el terrorismo en Medio Oriente. Ahí, en los años 80, resultaba necesario ocultar el papel de Washington e Israel, y para eso se exaltó el terrorismo de Arafat y la OLP.

Por otra parte, durante dos decenios Estados Unidos intentó sojuzgar a Vietnam mediante la fuerza militar, violando en ese proceso la Carta de las Naciones Unidas, los Acuerdos de Ginebra, el Código de Nuremberg, la Convención de La Haya, el Protocolo de Ginebra y los Acuerdos de París. En la última fase de la guerra, los campesinos de Indochina sirvieron como conejillos de Indias para la tecnología militar en desarrollo: bombas de racimo, cohetes diseñados para meterse en las cuevas donde se escondía la población, nuevas versiones de balas “dum-dum” consideradas por mucho tiempo ilegales, napalm, fósforo blanco.

Asimismo, pese a que Miami y la zona de Washington D. C. han estado entre los principales centros mundiales del terrorismo internacional desde 1947 con la fundación de la Agencia Central de Inteligencia, acciones que recrudecieron a partir de la presidencia de John F. Kennedy, sea cual sea la definición de terrorismo: la del Código estadounidense, la de los convenios internacionales o la de los manuales militares, el uso de la propaganda terminó por suprimir la frase “terrorismo de Estados Unidos” y la convirtió en un aparente contrasentido.

A su vez, dentro de las nuevas “categorías” de la añeja Doctrina de Seguridad Nacional de cuño estadounidense, actualizada en Brasil en 1964, con proyección hemisférica, y la contrainsurgencia clásica, remozadas bajo la denominación de *guerra de baja intensidad* o *guerra asimétrica*, continúa viva la figura de la “subversión” o el “enemigo interno” que ahora, según los estrategas de Langley o Potomac, operan también en el campo de la educación, los medios de comunicación, las artes, la moral social (sexual y familiar), los centros de pensamiento y, muy particularmente, en el terreno religioso, y que vinieron a sumarse al “narcoterrorismo”, el “populismo radical” y otras fabricaciones mediáticas en boga.

### **Terror y contra terror**

La cultura dominante en el mundo occidental pone en evidencia algunas cosas. Entre ellas, que generalmente el terrorismo funciona y la violencia también. Además, como

---

<sup>18</sup> *Ibid.*

dice Chomsky, es un error analítico caer en el lugar común de creer que el terrorismo es el arma de los débiles. Como otros medios de violencia, constituye sobre todo un arma de los fuertes. El terrorismo es considerado un arma de los débiles porque los países poderosos también controlan los sistemas doctrinarios y su terror no cuenta como terror. Es decir, los aparatos ideológicos y culturales de las potencias occidentales y sus Estados clientes tienden a hacer ver la realidad en una determinada forma y a impedir que sea vista de otra. Ergo, permiten que su terror pase por otra cosa.<sup>19</sup> Uno de los medios más corrientes de que disponen para conseguir ese resultado es hacer desaparecer la memoria de los acontecimientos perturbadores; así ya nadie los recuerda. El poder de la propaganda y de las doctrinas estadounidenses es tal que se impone incluso a sus víctimas.

Otro recurso ha sido, desde la primera administración de William Clinton, pedir “perdón” por las atrocidades cometidas por Estados Unidos en los países del Tercer Mundo. Un recurso que ha vuelto a ser utilizado por Hillary Clinton, como jefa de la diplomacia de guerra de Barack Obama, ante la matanza de al menos 120 civiles en Afganistán, la mayoría mujeres y niños, víctimas de un bombardeo “accidental” en mayo de 2009.<sup>20</sup>

Un ejemplo claro del uso semántico de la palabra terrorismo es el de la Alemania nazi. Según la cadena de mando del régimen nazi, ellos no imponían el terror en la Europa ocupada; estaban “protegiendo” a la población local contra el “terrorismo” de los partisanos. Es verdad, que como en el caso de otros movimientos de resistencia, los maquis y los partisanos utilizaron métodos clandestinos de lucha, que incluían sabotajes y atentados mortales contra las fuerzas de ocupación. Por ello fueron vistos como héroes por los franceses e ingleses, e incluso Hollywood lo potenció en las pantallas. Sin embargo, los alemanes consideraban esas tácticas como terroristas. De allí que los nazis realizaban “contraterrorismo”.

Después de la guerra, oficiales del Pentágono realizaron profundos estudios de las operaciones de contraterrorismo de los nazis en Europa, y muy pronto comenzarían a realizar operaciones similares, a menudo contra los mismos objetivos: la antigua resistencia. Chomsky afirma que los métodos antiterroristas nazis fueron “importados”

---

<sup>19</sup> Ver Noam Chomsky, “Injusticia infinita: la nueva guerra contra el terror”, noviembre de 2001, en *Chomsky en La Jornada*, La Jornada Ediciones, México, abril de 2002, y “Crímenes para evitar atrocidades”, en *¿Quiénes son los terroristas?*, selección de artículos de *Monde Diplomatique*, Editorial AÚn creemos en los sueños, Santiago de Chile, 2004.

<sup>20</sup> Patrick Cockburn, “Al menos 120 civiles mueren en aldeas afganas por ataque de EU”. *La Jornada*, 7 de mayo de 2009.

por Estados Unidos, junto con los “consejos” de los oficiales de la Wehrmacht (Ejército alemán), y se convirtieron en los manuales de la contrainsurgencia.<sup>21</sup> Pero en realidad, el punto de inflexión fueron los cursos y las asesorías brindados al Pentágono y la CIA por la Escuela de Guerra de París y su Centro de Entrenamiento en Guerra Subversiva, que contó con un grupo de oficiales nostálgicos de la OAS (la Organización del Ejército Secreto), como los coroneles Charles Lacheroy y Marcel Bigeard, y el general Paul Aussaresses, quienes perfeccionaron durante la batalla de Argel la guerra antisubversiva (o contraterrorismo) y dieron origen a lo que se conoció luego como *guerra sucia*: el uso de métodos y acciones clandestinas contrarrevolucionarias, justificados como necesarios y “moralmente válidos”, que incluían la práctica de la tortura generalizada como técnica de interrogatorio, la aplicación de la “picana eléctrica”, el secuestro, el asesinato y la desaparición forzada.<sup>22</sup>

Escudados en el objetivo de la defensa de la libertad y la democracia, los dirigentes de la civilización occidental, que suelen presentarse como modelo del respeto al derecho y la justicia internacionales, consideraron que esas prácticas de terrorismo de Estado eran correctas y procedieron a hacer lo mismo. De allí que, en definitiva, como dice Chomsky, el terrorismo no es el arma de los débiles, “es el arma de los que están contra nosotros”.

Eso nos hace regresar a la pregunta ¿qué es el terrorismo? Al respecto, hay algunas respuestas fáciles y varias clasificaciones oficiales que se pueden encontrar, por ejemplo, en manuales militares del Pentágono, que definen como ‘terrorismo’ el “uso ilegal y calculado de la violencia o de la amenaza de la violencia, para lograr objetivos políticos o religiosos a través de la intimidación, la coerción o la provocación de miedo en sociedades y gobiernos”.<sup>23</sup> Según el Título 22 del Código de Estados Unidos, Sección 2656f (d), el término ‘terrorismo’ significa “violencia premeditada y con motivos políticos, perpetrada contra objetivos civiles por grupos subnacionales o

---

<sup>21</sup> Chomsky, “Injusticia infinita: la nueva guerra contra el terror”, citado arriba.

<sup>22</sup> El coronel Paul Aussaresses, uno de los artífices y ejecutores de la guerra contrarrevolucionaria, fue miembro de la agregaduría militar de Francia en Washington en 1961. Junto con diez oficiales de enlace distribuidos en distintas academias militares de Estados Unidos, enseñó los métodos de tortura, desapariciones forzadas y asesinatos aplicados por los franceses en Indochina y Argelia. Él mismo fue destinado a Fort Bragg, Carolina del Norte, sede de las “fuerzas especiales” (paracaidistas) que intervendrían masivamente en Vietnam.

<sup>23</sup> Con pequeñas variaciones derivadas de la traducción del texto, esa definición es citada por Chomsky en “Injusticia infinita: la nueva guerra contra el terror”, mencionado antes, y en “Terrorismo y respuesta justa”, versión por Internet de Cencoalt, México, 18 de diciembre de 2002.

agentes clandestinos, generalmente con la intención de influenciar a un público determinado”.<sup>24</sup>

Otra definición es la del Buró Federal de Investigaciones (FBI), que en 1999 señalaba como terrorismo “el uso ilegítimo/ilegal (*unlawful*) de la fuerza y la violencia contra personas o propiedades para intimidar o coaccionar a un gobierno, la población civil o cualquiera de sus segmentos, en la dirección de objetivos políticos o sociales”.<sup>25</sup> A raíz de una serie de atentados contra embajadas de Estados Unidos en África, esa definición fue sustituida por otra más amplia y específica, donde se dice que terrorismo es “el uso calculado de violencia inesperada, terrible e ilegal/ilícita contra no combatientes (incluyendo además de civiles, a los militares fuera de servicio y personal de seguridad en situaciones pacíficas) y otros objetivos simbólicos perpetrados por miembro(s) clandestino(s) de un grupo subnacional o un agente clandestino con el propósito psicológico de dar publicidad a una causa política o religiosa y/o intimidar o coaccionar a uno o más gobiernos o a la población civil para que acepten determinadas demandas en nombre de una causa”.<sup>26</sup>

El problema de esas definiciones, como dice Chomsky, es que se aplican con bastante exactitud a lo que Estados Unidos denominó *guerra de baja intensidad*, reivindicando ese tipo de prácticas. En realidad, la GBI es otro nombre para el terrorismo. Es el motivo o la razón principal por la cual todos los países denominan contraterrorismo a todo acto horrendo, ilegal e ilícito que cometen. Estados Unidos lo llama contrainsurgencia o guerra de baja intensidad.

Pero existen algunos problemas adicionales. Cuando en diciembre de 1987 la Asamblea General de la ONU aprobó una resolución muy enérgica contra el terrorismo, llamando a los Estados miembros a combatirlo por todos los medios, Honduras se abstuvo, y Estados Unidos e Israel, votaron en contra. ¿Por qué? La razón fue muy sencilla: un párrafo de la resolución indicaba que no se trataba de impugnar la eventual legitimidad de acciones violentas con el fin de lograr el derecho a la autodeterminación, la libertad o la independencia de los pueblos privados por la fuerza de esos derechos, en particular de los pueblos bajo regímenes coloniales y racistas o sometidos a una ocupación extranjera.

---

<sup>24</sup> Ver “Terrorismo”, en Wikipedia, la enciclopedia libre y “Terrorismo de Estado”, Enciclopedia Microsoft, 2002. En esta última, el término “no combatiente” se interpreta que incluye, adicionalmente a civiles, personal militar que en el momento del incidente se encuentra desarmado o fuera de servicio.

<sup>25</sup> José María Tortosa, “La palabra terrorista”, ya citado.

<sup>26</sup> *Ibíd.*

En ese momento, el régimen de *apartheid* en Sudáfrica,<sup>27</sup> país considerado aliado de Estados Unidos, afrontaba en su interior a una fuerza calificada como ‘terrorista’ por Washington y Pretoria: el Congreso Nacional Africano (CNA) de Nelson Mandela. Ya antes, en 1973, la ONU había adoptado el Convenio Internacional sobre la Supresión y Castigo del Crimen del Apartheid, que consideró esa práctica racista del régimen de Pretoria como un *crimen contra la humanidad*. Los activistas antiapartheid se consideraban guerrilleros que luchaban contra un régimen ilegítimo, un acto aprobado por el derecho internacional. En cuanto a Israel, que contaba con la decisiva ayuda militar y diplomática de Estados Unidos, ocupaba de manera ilegal algunos territorios palestinos desde 1967, otros en Líbano desde 1978, y combatía en esos días en el sur libanés contra una fuerza que el Pentágono calificaba como “terrorista”: Hezbollah, que finalmente logró expulsar a Israel. En esos y otros casos, Estados Unidos, Israel y sus aliados occidentales asimilaban mecánicamente guerra de guerrillas con terrorismo.

### **Sobre los instrumentos del terror y sus consecuencias**

Conviene reiterar y/o precisar, que entre los instrumentos utilizados para generar un clima de pánico y terror en función de objetivos políticos, ideológicos y psicológicos, en el marco de un conflicto local o internacional, figuran diversas formas de violencia física contra las personas, como el secuestro, la tortura, la ejecución sumaria extrajudicial y la desaparición forzada, llegando en algunos casos a configurarse limpieza étnica y genocidio; de violencia moral (como la amenaza de las anteriores) y de presión social. Pero la violencia terrorista puede ir dirigida también contra bienes privados y públicos, incluida la destrucción o sabotaje de los mismos con materiales explosivos o incendiarios, incluidos aeronaves, embarcaciones y vehículos.

Uno de los instrumentos más utilizados por los grupos terroristas es el atentado con explosivos o bombas (cócteles molotov, bombas con temporizador o activadas a distancia, bombas lapa, bombas trampa, granadas de mano) contra blancos militares o civiles. Uno de los casos más sonados fue la llamada “Operación Ogro” de la ETA, que culminó con el homicidio del primer ministro español Luis Carrero Blanco, “delfín” del dictador “por la gracia de Dios”, Francisco Franco, el 20 de diciembre de 1973. Carrero fue ultimado cuando su limusina voló por los aires, tras pasar por un túnel cavado bajo

---

<sup>27</sup> El apartheid era un sistema de discriminación y separación racial que gobernó Sudáfrica desde 1948 hasta su abolición a principios del decenio de 1990. el Partido Nacional adoptó el apartheid como modelo de desarrollo separado de las razas y sirvió para perpetuar la superioridad de una minoría blanca.

el pavimento, donde había sido colocada una gran carga de explosivos que fue activada a distancia.

Entre los casos de terrorismo de Estado, algunos autores suelen incluir el bombardeo aéreo de ciudades con el objetivo de aterrorizar a la población civil, acto prohibido por el Código Aéreo de La Haya, de 1923, que no fue ratificado por los países de mayor poder militar. En esa categoría entrarían el bombardeo de la ciudad vasca de Guernika, en 1936; las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos sobre Hiroshima y Nagasaki, los bombardeos de fósforo en Hamburgo o de explosivos en Dresde, las bombas V-2 alemanas arrojadas sobre Londres, todos al final de la Segunda Guerra Mundial, dirigidos a destruir, como único objetivo, la moral de la población civil.

Por otra parte, desde el último cuarto del siglo XX fueron cada vez más comunes los ataques terroristas con misiles antiaéreos, los carro-bomba y el uso de explosivos de potencia variable, llegándose a usar en muchos casos el propio cuerpo del terrorista como vector de aproximación de la bomba (ataques suicidas, en algunos casos, protagonizados por mujeres). También se han empleado armas de destrucción masiva (biológicas o químicas), como en el caso del gas sarín utilizado en un par de ocasiones por el grupo sectario Verdad Suprema, en el metro de Tokio; la guerra bacteriológica (dengue hemorrágico) contra Cuba y los ataques con ántrax –supuestos o reales– en Estados Unidos, utilizados por la administración Bush para explotar el efecto psicológico sobre la población y sacar ventajas a fin de imponer un estado de tipo policial al interior de la superpotencia. Sin embargo, el caso de mayor resonancia mediática ha sido sin duda el atentado contra el World Trade Center de Nueva York, el 11/S, en el que se utilizaron dos aviones de pasajeros secuestrados.

Al margen de los objetivos y las causas o legitimaciones de las acciones terroristas (independencia, descolonización, revolución, nacionalismo, ideología, religión, retaliación), de la gama de actividades violentas de tipo político se desprenden una serie de consecuencias y efectos diversos, que incluyen muerte, ríos de sangre, genocidio, terror, pánico, síndrome de Estocolmo, anarquía, caos, desolación, desgobierno, incertidumbre, desorganización, desamparo y un largo etcétera, amén de “daños colaterales no naturales” (hambrunas, epidemias y pandemias de enfermedades), todo lo cual, a su vez, muchas veces ha derivado en represalias, desquites, revanchas, amenazas e intimidaciones como parte de una espiral de violencia sin límite anidada en la arcaica cultura de la venganza.



Queda claro, pues, que los objetivos de las acciones terroristas no son siempre los mismos, sus agentes tampoco y aún su tipología varía (terrorismo individual, revolucionario, estatal, paramilitar, internacional, transnacional). Y como se ha visto, no hay acuerdo en las definiciones del término terrorismo en el seno de las Naciones Unidas y ni siquiera dentro de la administración estadounidense, donde el concepto ha ido evolucionando en función de las coyunturas y por razones ideológicas, propagandísticas, geopolíticas y de dominio imperial.

### ***El Estado canalla y el odio al otro***

En general, la falta de consenso en la ONU para alcanzar una definición rigurosa de terrorismo tiene que ver con la inclusión o no de las acciones terroristas de los Estados. No obstante han sido adoptadas varias resoluciones sobre el tema. Por ejemplo, la resolución 51/210, “Medidas para eliminar el terrorismo internacional”, adoptada en la 88 Asamblea Plenaria, del 17 de diciembre de 1996, que en el punto I.2 proclama que la Asamblea General de las Naciones Unidas:

*“Reitera que los actos criminales encaminados o calculados para provocar un estado de terror en el público general, un grupo de personas o personas particulares para propósitos políticos son injustificables en cualquier circunstancia, cualesquiera que sean las consideraciones políticas, filosóficas, ideológicas, raciales, étnicas, religiosas o de cualquier otra naturaleza que puedan ser invocadas para justificarlos.”*

La inercia sobre la palabra terrorismo, con sus connotaciones negativas y su aplicación discrecional, unido a un hecho que a menudo se olvida, esto es, que terrorismo no es una ideología ni un movimiento político: es un método, una práctica, una forma de actuar, una táctica, vendría a cambiar de manera radical en 2001, a raíz de los atentados contra las *torres gemelas* de Nueva York y el centro de mando militar del imperio en Washington, el Pentágono.

En esa coyuntura, la administración Bush añadió a la fórmula “uso calculado de violencia” el calificativo “ilegal” o “ilícito” (*unlawful*), que ya había aparecido en algunas definiciones del FBI sobre terrorismo. De esa forma, Washington buscaba evitar caer entre los casos cubiertos por la mayoría de las definiciones en boga que, en el marco del naciente Tribunal Penal Internacional, podían ubicar a Estados Unidos

entre los Estados terroristas o por lo menos, en la categoría del Estado delinciente o canalla (*rogue state*).<sup>28</sup>

Pero además, el 11/S fue la oportunidad para un golpe de Estado técnico contra la República en Estados Unidos. Una vez más, aprovechando la tragedia, los expertos en propaganda y guerra psicológica de Washington lograron imponer su agenda a la audiencia; aplicar de nuevo la información-espectáculo disfrazada de información neutra. Afloró el modelo CNN. Horas y días en los noticieros las imágenes de los aviones estrellándose una y otra vez contra el World Trade Center. “Usted ve la historia hacerse ante sus ojos”. De nuevo la autoabolição del periodista, la ideología del directo. Pero el Pentágono ya había comenzado a fabricar al nuevo Satán; el nuevo Hitler. Al bastardo de turno, Osama Bin Laden, una creación de Washington,<sup>29</sup> igual que Leónidas Trujillo en República Dominicana y Manuel Antonio Noriega en Panamá.

Durante días se intoxicó a la muchedumbre, espectadora silenciosa. Se la desinformó y manipuló. Se le mintió. En nombre de la siempre socorrida “seguridad nacional” de Estados Unidos, reaparecieron el fervor patriótico, la censura, los periodistas “insertados” o “encamados” en las tropas del ejército, la marina y la fuerza aérea (la pareja antinómica periodista-militar)<sup>30</sup> y los límites a la libertad de expresión en los grandes consorcios mediáticos estadounidenses, como la otra cara de la guerra iniciada el 11 de septiembre. Después vendría George W. Bush con su premisa del nuevo mito fundacional: “Con Estados Unidos o con el terrorismo”. Con el Dios de Bush o con Alá. Un nuevo Nintendo maniqueo con buenos y malos, con el sheriff de Texas como una copia patológica de su adversario.<sup>31</sup>

---

<sup>28</sup> Dice Chomsky, que como muchos otros términos del discurso político, el término Estado canalla tiene dos usos: un uso propagandístico, aplicado a determinados enemigos, y un uso literal que se aplica a los Estados que no se consideran obligados a actuar de acuerdo con las normas internacionales. A su juicio, Estados Unidos es la principal superpotencia canalla. Ver Noam Chomsky, *Estados canallas*, Paidós, Barcelona, 2001.

<sup>29</sup> Resulta una ironía que el saudita Osama Bin Laden, principal sospechoso de los ataques terroristas en Nueva York y Washington, haya sido reclutado por la Agencia Central de Inteligencia durante la guerra entre Afganistán y la Unión Soviética, en el marco de una operación secreta de gran envergadura, mediante la cual, la llamada “*jihad* islámica (o guerra santa contra las fuerzas soviéticas) se convirtió en parte integral de la estrategia de inteligencia de la CIA, apoyada por la Casa Blanca y Arabia Saudita, y financiada en gran medida con fondos provenientes del narcotráfico, floreciente en la frontera afgano-paquistaní.

<sup>30</sup> Se estima en 660 el número de periodistas, en su mayoría estadounidenses y británicos, que fueron insertados en diferentes batallones de Estados Unidos e Inglaterra y que debieron aceptar el compromiso de no poner en peligro a las tropas con sus reportes y de someter su material a la censura militar. La intención de la campaña fue establecer vínculos estrechos entre periodistas y soldados, de tal manera que, a partir de una relación de supervivencia, se evaporara cualquier noción de neutralidad en la información.

<sup>31</sup> El paralelismo entre George W. Bush y Osama Bin Laden fue utilizado por el más famoso periodista televisivo de Alemania, Ulrich Wickert, conductor del popular noticiero *Tagesthem*. En una entrevista con la revista *Max*, Wickert adhirió a la opinión de la premiada escritora india Arundhati Roy, quien

Tras la intervención militar en Afganistán, la mentira del Pentágono como arma de guerra entraría de nuevo en acción en 2002-2003, durante los preparativos para la invasión a Irak. Con sus historias de terror para promover el miedo, el odio a “lo otro” y la violencia bélica, el presidente Bush y sus aliados –el “perro de presa” Tony Blair (Chomsky *dixit*) y el jefe de gobierno español, José María Aznar–, apoyados por los grandes medios de difusión occidentales, que explotaron la crisis para incrementar sus *ratings*, obligaron a las naciones de “la vieja Europa” y a otras potencias miembros del Consejo de Seguridad de la ONU a acatar una nueva agenda política, un “nuevo orden mundial” al margen del derecho internacional.

Finalmente, la invasión se consumó. Pero las razones de la guerra de agresión neocolonialista contra Irak no fueron las patrañas que esgrimieron cada día, durante meses, los expertos en propaganda bélica de Washington y Londres. El motivo de la agresión no fue el “maligno” Saddam Hussein y sus “armas de destrucción masiva” (ADM).<sup>32</sup> Tampoco el absurdo argumento sobre las “relaciones” del régimen iraquí con el grupo terrorista Al Qaeda. Menos la ausencia de “democracia” en Irak. Todo eso fue desinformación maniquea. Distorsión de la realidad. Manipulación mediática. Diversionismo ideológico. Intoxicación propagandística en tiempos de guerra. Basura para mantener engañada –infundiéndole miedo– a la muchedumbre, espectadora silenciosa. Una vez más, el conflicto fue manufacturado para controlar las emociones de las masas y llevar a cabo la “ingeniería del consenso en la democracia”.

Los motivos para la devastación de Irak fueron otros: Estados Unidos, la superpotencia imperial, vio amenazada su hegemonía. Según reveló un informe de la llamada comunidad de inteligencia de Estados Unidos, denominado *Tendencias globales al 2015: diálogo con expertos no gubernamentales acerca del futuro*,<sup>33</sup> entre los escenarios posibles, el imperio temía que surgiera una alianza entre Alemania, Francia y Rusia que lo desplazara del liderazgo mundial. Además, veía muy peligrosa la irrupción de China en el escenario mundial; un eventual resurgimiento de Japón y,

---

llamó a Bin Laden “el esqueleto en el armario de la familia estadounidense, el oscuro ‘otro yo’ del presidente Bush”. Kickert dijo que “Bush no es un asesino o un terrorista, pero sus estructuras de pensamiento son similares (a las de Bin Laden). Fue obligado a disculparse públicamente.

<sup>32</sup> Scott Ritter, un ex infante de marina que fungió como jefe de inspectores de la Comisión Especial de las Naciones Unidas (Unscm), creada en 1991, luego de la primera guerra del Golfo, para verificar la eliminación de las armas de destrucción masiva de Irak, dijo que el programa había sido “extremadamente exitoso” y que el país árabe había quedado desarmado por completo en 1998, año en que él renunció a la comisión debido en parte a que su director, el australiano Richard Butler, permitió que fuera utilizada por la CIA y otras agencias de inteligencia para espiar al régimen de Hussein.

<sup>33</sup> Carlos Fazio, “Un EU con menos influencia y rodeado de enemigos, prevén expertos de inteligencia”. *La Jornada*, 17 de diciembre de 2001.

potencialmente, el papel que pudiera jugar India. Por eso, obsesionados con sus fantasías de poder mundial, Bush y los fundamentalistas genocidas de su entorno (Cheney, Rumsfeld, Rice, Ashcroft, Ridge, Powell y los cabilderos sionistas Wolfowitz, Perle, Feith, Bolton), junto con sus hombrecitos de paja en la “vieja Europa” querían reconfigurar el mapa geopolítico del Golfo Pérsico y todo Medio Oriente.

Fue en ese escenario que Irak y su petróleo importaban. Pero era solamente una pieza. Como antes Afganistán o la ex Yugoslavia. Como señaló el experto Michael T. Klare –quien de manera temprana acuñó una expresión *ad hoc* para la incursión estadounidense en esa región: “imperialismo energético”–,<sup>34</sup> controlando la zona con protectorados y redes de bases militares, igual que en el siglo XIX en pleno auge de expansión imperialista, Washington podría estrangular la economía de los rivales potenciales (Europa, China, India), tan dependientes de hidrocarburos como Estados Unidos. Sólo así, creían los *halcones*, podrían conservar su dominio; su poder sin límites.

### **Hussein y las ADM: ¿Montaje o realidad?**

Poco antes Bush había lanzado su nueva estrategia de seguridad nacional: la doctrina de guerra ilimitada, unilateral y ofensiva. Una nueva doctrina imperial “preventiva” (léase ofensiva) e irrestricta que enterraba al derecho internacional y los postulados de la ONU. La inducción de una guerra de rapiña “legitimada” por el mesianismo del *destino manifiesto* –“santurronería religiosa” llamó John Le Carré a la “guerra sagrada” de Bush contra Irak–, con el fin de agitar las fibras patriotas y paranoicas del “rebaño” imperial –viejo recurso para la “construcción del consenso”–, se combinaba ahora, como en la época del macartismo,<sup>35</sup> con la psicosis y el terror interno ante el ataque “inevitable” y siempre “inminente” de los “terroristas” de afuera (Al Qaeda), provistos –afirmaba la propaganda de guerra de Washington– de armas biológicas, químicas,

---

<sup>34</sup> Michael T. Klare, “Energy Imperialism”, *The Nation*, 23-30 de julio de 2001. Ver también Michael T. Klare, “La geopolítica de la guerra”, *La Jornada*, 6 de noviembre de 2001 y Carlos Fazio, “Geopolítica, petróleo y guerras”, *La Jornada*, 26 de noviembre de 2001.

<sup>35</sup> Se conoce como macartismo o maccarthysmo, la época en la historia de Estados Unidos caracterizada por una serie de medidas anticomunistas promovidas por el senador republicano por Wisconsin, Joseph McCarthy, quien presidió el subcomité permanente de Investigaciones del Senado en entre 1953 y 1954, en el clímax de la guerra fría con la ex Unión Soviética, durante el gobierno de Dwight Eisenhower. Su búsqueda de comunistas dentro del gobierno de Estados Unidos, sus purgas y sus “listas negras” fueron denunciadas por sus críticos como una “cacería de brujas” y se popularizó el término “macartismo” para calificar una campaña de desprestigio.

nucleares y radiológicas. Una forma totalitaria de mantener a raya a la “chusma”,<sup>36</sup> mediante una “guerra de nervios” (*USA Today*) administrada por el *Gran Hermano* (el procurador general de Estados Unidos, John Ashcroft) a través de códigos naranja, amarillo y rojo en las pantallas de los televisores.<sup>37</sup>

A la “alerta antiterrorista” se sumaron la promoción de “estuches de sobrevivencia urbana” ante la guerra bacteriológica en ciernes, y “pruebas de inteligencia” plagiadas de tesis escolares caducas (el gran fiasco del *halcón* Powell en la ONU),<sup>38</sup> con el fin de mantener “desorientado al rebaño” (Chomsky), provocar compras de pánico y facilitar la aceptación sumisa a una Ley Patriótica (USA Patriot Act 216.110.42.179/docs/usa.act.final.102401.html, mejor conocida como “ley antiterrorista”),<sup>39</sup> que con el pretexto de la “seguridad nacional”, redujo los derechos ciudadanos de los estadounidenses a letra muerta.

Estados Unidos se convirtió en un Estado policial hacia adentro –un Estado de características orwellianas, donde un “verdadero *Big Brother*” con poderes excepcionales vigila desde entonces a la sociedad estadounidense<sup>40</sup> y una nación imperial hacia fuera, que a partir de enero de 2003 contó con un Centro de Integración de la Amenaza Terrorista, a cargo del director de seguridad interior, Tom Ridge y una Oficina de Comunicaciones Globales, cuya función fue promover los intereses de Estados Unidos en el extranjero, reforzar el apoyo de los gobiernos aliados (que “cooperan” con Washington) e “informar” a la audiencia internacional sobre los

---

<sup>36</sup> La expresión está tomada del libro de David Barsamian con entrevistas a Noam Chomsky, *Mantener la chusma a raya*. Editorial Txalaparta, País Vasco, 1994.

<sup>37</sup> El 12 de marzo de 2002, el director de seguridad interior de Estados Unidos, Tom Ridge, presentó por televisión el sistema de alerta denominado simbólicamente “arcoiris del terror”, que contenía cinco categorías de riesgo. La escala de colores iba del verde (bajo riesgo) seguido por el azul, amarillo, naranja y rojo (máximo riesgo). Según la argumentación oficial, el sistema fue diseñado para ayudar al público a mejorar su coordinación, preparación y seguridad ante amenazas terroristas.

<sup>38</sup> Parte de la argumentación de Powell ante el Consejo de Seguridad de la ONU, se había basado en un supuesto documento de la inteligencia británica denominado *Irak: su infraestructura de ocultamiento, engaño e intimidación*, que el secretario de Estado estadounidense presentó como una “descripción exquisitamente detallada de los engaños iraquíes”. El documento resultó en gran medida un plagio de un artículo escrito por Ibrahim al Marashi, publicado en el *Middle East Review of International Affairs* (vol. 6, No. 3, septiembre de 2002).

<sup>39</sup> La Ley Patriótica fue acordada por el Senado de Estados Unidos el 26 de octubre de 2001.

<sup>40</sup> Como advirtió en enero de 2003 la Unión Estadunidense de Libertades Civiles (ACLU, por su sigla en inglés), la visión de una sociedad completamente vigilada, como la que describió George Orwell en su novela *1984*, “es por primera vez tecnológicamente posible”. La ACLU consideró que la principal amenaza “viene ahora del gobierno”, que por un lado obtuvo mayor autoridad para realizar actos de espionaje interno, especialmente intercepción de líneas telefónicas y programas de computadora, y por otro redujo los requisitos para que la policía pueda vigilar a los ciudadanos. Ver José Carreño, “El verdadero **Big Brother**”, *El Universal*, México, 22 de enero de 2003. Asimismo, un desplegado aparecido el 17 de marzo de 2003 en *The New York Times*, firmado por la agrupación Snoop Watch, denunció que “Big Brother ya está entre los ciudadanos”.

propósitos de la Casa Blanca, para “prevenir” malentendidos. La orden ejecutiva firmada por Bush el 21 de enero de 2003 preveía, también, que la “oficina de imagen” podría enviar “equipos de comunicadores” a aquellas áreas donde existiera “alto interés” mundial y que acaparen la atención de los medios de comunicación. Se trataba, pues, de dar coherencia al mensaje “libertario” de Bush; de transmitir la “verdad” en el extranjero. En el lenguaje de George Orwell, de difundir la mentira organizada.

### **Decadencia y teatralidad**

Entre los fuegos de artificio mediático que a partir de febrero de 2003 tuvieron como escenario de destrucción y crímenes de guerra a Irak, el mundo asistió a un fenómeno nuevo y complejo, que debido a su cercanía fue difícil precisar entonces con claridad. El proyecto criminal y genocida de George W. Bush se nutrió de elementos que en otros tiempos dieron origen al fascismo y al nazismo, pero su esencia encerró cualidades específicas, diferenciadas y contradictorias que, paradójicamente, como ocurrió con los totalitarismos europeos del siglo XX, contenían en su interior signos de autodestrucción.<sup>41</sup>

Entre los elementos constitutivos del nacional-providencialismo de Bush –en el marco de una sociedad fracturada, sin cohesión interna y con una elite política en crisis–, se pudo identificar entonces la forma de régimen de excepción de un Estado capitalista altamente intervencionista, que fue definido por el demógrafo francés Emmanuel Todd como un “sistema oligárquico plutocrático militarista” en decadencia.<sup>42</sup> En su huida hacia adelante, la administración Bush puso un peso decisivo en la reorganización de la hegemonía ideológica. En el marco de la guerra de conquista en Irak, el show diversionista y la campaña de intoxicación propagandística de los aparatos ideológicos de Estado se pusieron al servicio de la maquinaria asesina del Pentágono, eliminando toda diferencia entre ficción y realidad.

El uso del aparato de “información” y propaganda privado desde “arriba” (que en la coyuntura de la agresión bélica contra Irak tuvo como principales vehículos de difusión a CNN y a Clear Channel Worldwide, la cadena de radio comercial más grande del

---

<sup>41</sup> La versión original de “Decadencia y teatralidad” fue escrita de manera anticipatoria en los días de la invasión estadounidense a Irak, y publicada en *La Jornada* el 24 de marzo de 2003.

<sup>42</sup> Emmanuel Todd, *Después del imperio: ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*. Editorial Foca, Madrid. 2003.

país),<sup>43</sup> respondió a la vieja función de los representantes ideológicos (*perros guardianes*), reproductores de oscurantismo y anti-intelectualismo como forma de encubrir la dominación indirecta de la ideología imperialista del gran capital sobre la ideología “liberal” clásica. En los preparativos de la invasión, el papel de los medios monopólicos, que en el decenio de los noventa impusieron la *dictadura del pensamiento único* neoliberal, sustituyó la función desempeñada por el partido único de masas en los fascismos clásicos; reforzó la idea del “jefe supremo” (*Führer*) y la “cultura del jefe” (“*Führerprinzip*” o principio del líder), y dio sustento a una militarización de la sociedad y del conjunto de los aparatos del Estado. En su representación teatral –elemento sustancial y peligroso de la estetización de la política–, Bush encarnó el liderazgo autoritario “por la gracia de Dios” (Poder Ejecutivo fuerte, estatolatría), en desmedro de un Poder Legislativo que casi desapareció en la coyuntura y se alineó corporativamente detrás del “líder” por razones “patrióticas”. Bush supo explotar la ideología “moral” (el honor, el deber), exacerbando la mística sobre la nación y su *destino manifiesto* (los vínculos del suelo, de la sangre, la nación elegida).

Tanto en lo interno como en lo externo (Consejo de Seguridad de la ONU), Bush pretendió fijar sus propias reglas; las reglas del imperio. Su intención fue que se aplicara “la voluntad del jefe todopoderoso” que, como señala Agamben,<sup>44</sup> se define por estar por encima de la ley. Como se ha dicho, desde el 11/S, al interior de Estados Unidos el Estado de derecho fue cediendo paso a un Estado policial, con eje en una Ley Patriótica que dio amplios poderes a los organismos de seguridad y de inteligencia (espionaje telefónico, cateos secretos, monitoreo del uso de tarjeta de crédito con fines de control ideológico). La República liberal fue secuestrada y desplazada de manera paulatina por una dictadura civil clasista de tinte religioso. Harold Bloom la llamó la “teocracia bushiana, parodia del imperio romano”.<sup>45</sup>

Si en Washington el gobierno fue sustituido por una “junta civil” (Susan Sontag), en lo externo el imperio pretendió reforzar su hegemonía utilizando la violencia terrorista y genocida de una fuerza militar casi sin límites. En los días de la invasión quedó exhibido el aspecto ideológico tecnocrático propio de la ideología imperialista: el culto

---

<sup>43</sup> Con más de mil 200 estaciones en los 50 estados del país, Clear Channel Worldwide promovió los “Mítines por América”, de apoyo a la política bélica de la Casa Blanca, en grandes ciudades como Atlanta, Cleveland, San Antonio y Cincinnati, entre otras. La emisora dice tener más de 100 millones de radioescuchas. Ver David Brooks y Jim Cason, “Los medios de EU preparan el terreno para justificar el conflicto: analistas”. *La Jornada*, 26 de marzo de 2003.

<sup>44</sup> Giorgio Agamben, *Estado de excepción*. Editorial Pre-textos, Valencia, España, 2004.

<sup>45</sup> Harold Bloom, “Reflexiones en la tierra del crepúsculo”. *Confabulario*, suplemento cultural de *El Universal*, 25 de marzo de 2006.

“abstracto” de la violencia; de la eficacia y la técnica *neutra* utilizada por el militarismo del Pentágono. Durante sus representaciones públicas para “explicar” el poder devastador de sus *operaciones quirúrgicas de liberación*, Bush, el secretario de Defensa Rumsfeld y el jefe del Estado Mayor Conjunto, general Richard Myers, buscaron explotar a fondo elementos ideológicos, comunes al gran capital, del rendimiento y la eficacia.

La guerra de agresión a Irak ocurrió en una fase de expansión colonialista que, sustentada en la “defensa propia” (la Doctrina Bush de la “disuasión preventiva”, eufemismo para disfrazar una acción bélica ofensiva) pretendía reconfigurar el mapa geopolítico del orbe por la vía militar, como parte sustancial, complementaria, de una economía de grandes áreas que lleva a la incautación de “espacios vitales”, al margen del derecho internacional y la soberanía de los demás Estados. Bush recuperó el aspecto antijurídico y, en ese sentido, el culto a lo arbitrario propio de la ideología fascista: la ley y la regla es el mandato del amo mundial.

Sin embargo, la elección de Sadam Hussein como “monstruo de tipo ideal” —al frente de un país “enano” previamente desarmado por Estados Unidos y sus aliados con el visto bueno del Consejo de Seguridad de la ONU—, exhibieron las limitaciones de la superpotencia militar. La teoría del exorcismo (del villano a exterminar), como elemento sustitutivo para superar *el síndrome del 11 de septiembre*, reveló la construcción de enemigos insignificantes a ser sometidos mediante “actos de guerra simbólicos” (Todd). Pero la cacareada estrategia de “choque y pavor” ya no asustaba a sus antiguos aliados de Francia, Alemania y el Vaticano, que tomaron distancia ante el “caos” introducido por Bush en las relaciones internacionales. Immanuel Wallerstein auguró entonces que el imperio estaba acelerando su declive.<sup>46</sup> El banquero especulador George Soros describió la búsqueda de la supremacía estadounidense como un proceso de *boom-desplome*, y adelantó que como en el mercado accionario, la “burbuja” podía reventar con devastadoras consecuencias. A su vez, Emmanuel Todd observó como síntoma del declive, un imperio depredador en decadencia, con una *economía titanic* (en hundimiento), que contenía una sociedad sin cohesión y en “trance”. Un imperio cuyo “micro-militarismo teatral” desesperado, contra enemigos a modo, no podía ocultar ya la regresión de su “universalismo ideológico”.<sup>47</sup>

---

<sup>46</sup> Emmanuel Wallerstein, “La guerra moral”. *La Jornada*, 19 de febrero de 2003.

<sup>47</sup> Emmanuel Todd, obra citada.



## **Embriaguez chovinista<sup>48</sup>**

Como toda guerra de agresión imperialista, la de Estados Unidos contra Irak contuvo, entre otros, tres importantes elementos: violencia, polarización y mentira. La utilización de la violencia no es atribuible tanto a pulsiones destructivas o a personalidades psicopáticas (se ha dicho que George W. Bush expresó durante sus dos mandatos una conducta de tipo paranoide, con delirio de grandeza y mesianismo, y al respecto Gore Vidal lo describió como un “maniático”<sup>49</sup> que aplicó una “política sicótica”)<sup>50</sup> cuanto a su valor instrumental para conseguir un objetivo planificado por la fracción gobernante mucho antes de la caída de las *torres gemelas*: la recomposición geopolítica del planeta mediante el poder militar para garantizar la hegemonía imperial amenazada por otras potencias de Europa y Asia.

En Irak, la violencia militar de Estados Unidos quedó exhibida de manera descarnada. Toda guerra desata una maquinaria para producir muerte, mutilaciones, sufrimiento, destrucción. Supone una polarización aguda; un desquiciamiento de grupos hacia extremos opuestos. Por eso, todo acto bélico debe ser presentado a la opinión pública como una *guerra justa*. Pero debido a que no se pueden revelar los auténticos intereses e intenciones de quienes la promueven (por ejemplo, el *holding* del Grupo Carlyle, Chevron-Texaco, Arbusto Energy, Halliburton, etcétera) ni someterla a escrutinio, se necesita “fabricar un consenso” (Walter Lippmann).

Como quedó dicho antes, la principal herramienta para enmascarar la intención de los *señores de la guerra* es la propaganda. La refinada “ciencia” de engañar a la gente; de moldear ideológicamente a la opinión pública. La propaganda bélica –y la diplomacia de fuerza que siempre le acompaña– establece una diferenciación radical entre “ellos” y “nosotros”. Se impone un lenguaje maniqueo: amigo/enemigo. El “bueno” Bush contra el “malo” Hussein. Los rivales se contemplan en un espejo ético que invierte las mismas características y valoraciones, al punto que lo que se reprocha a “ellos” como defecto se alaba en “nosotros” como virtud. Los valores y el “sentido común” dejan de tener vigencia colectiva. La polarización supone una toma de partido exacerbada. La sociedad se deshumaniza. El “otro” se convierte en “enemigo”. Y como

---

<sup>48</sup> La versión original del presente subtema apareció publicada con el mismo título, “Embriaguez chovinista”, en *La Jornada*, el 7 de abril de 2003.

<sup>49</sup> Marc Cooper, entrevista a Gore Vidal en “Bush, especie de maniático que ataca al país que se le antoja”. *La Jornada*, 14 de noviembre de 2005.

<sup>50</sup> AFP, “Bush aplica una ‘política sicótica’, acusa Gore Vidal. Portada de *La Jornada*, 16 de octubre de 2006.

ocurrió en 2003 en Estados Unidos con las manifestaciones a favor y en contra de la guerra, quien no está con “nosotros” está con “ellos” y se lo tilda de “traidor a la patria”.

La propaganda, repetimos, es el principal procedimiento de acción psicológica e incluye la manipulación y el uso de la mentira intencional en el discurso público. Consiste en el empleo deliberadamente planeado y sistemático de temas, principalmente a través de la *sugestión compulsiva* y técnicas psicológicas afines, con miras a alterar y controlar opiniones, ideas y valores, mediante la exacerbación del miedo y el odio en la población. En última instancia, supone cambiar las actitudes manifiestas según líneas predeterminadas. Concebido como un objetivo militar, el punto más crítico del ser humano es su mente.

Pero eso no sólo se aplica en el campo del enemigo. Para ir a la guerra, Bush y las fracciones dominantes necesitaban alcanzar la mente de la ciudadanía estadounidense con el fin de fabricar un consenso aprobatorio. Los atentados terroristas del 11/S fueron la excusa para construir una visión “confabulatoria” de la realidad. Exhibida la vulnerabilidad del imperio, herido el orgullo nacional, se generó en la sociedad un sentimiento de miedo, dolor, humillación, frustración y venganza. Los expertos en guerra psicológica trabajaron sobre ese estado de ánimo colectivo. Mediante una labor de “ingeniería social” se buscó convertir al hombre y la mujer concretos en seres indefensos ante una presión propagandística planificada. Se reforzó la “sugestibilidad”, la psicosis de una masa golpeada, y se logró transformar la ansiedad, el temor y la impotencia de la sociedad, en peligro y amenaza vitales de tipo permanente. Se construyó un cliché capaz de provocar en el auditorio emociones (miedo, abominación) y adhesión incondicional al sistema: la figura del “enemigo terrorista” (Bin Laden, Al Qaeda) que acecha cada día a la nación.

Se puso al país en guardia contra la “conspiración” de los de afuera. Los nuevos “bárbaros” que querían destruir la “democracia occidental” y acabar con el “mundo libre”. El terrorismo se personalizó en el Islam y el mundo árabe. En base a la desconfianza y el temor se tejió una forma de relación predominantemente defensiva –que en realidad es ofensiva–, que llevó a la imposición-aceptación de una Ley Patriótica totalitaria, con algunos rasgos de corte nazifascista.

En base a repeticiones y exageraciones, los propagandistas explotaron el sentimiento nacional patriótico. Se atizó la embriaguez chovinista. Reaparecieron el *destino manifiesto* y otros mitos y exaltaciones retóricas. Bush, el gran gesticulador, se envolvió en un mesianismo fundamentalista *ad hoc*. Sembró en la población la disposición al

sacrificio. Y finalmente obtuvo el “consenso” que necesitaba para embarcarse en otra guerra de conquista imperial. De la primera fase de muerte y destrucción, se pasaría después a la de los negocios de la reconstrucción... hasta la próxima guerra.

### **Los nuevos nazis**

Como sostuvo entonces el filósofo italiano Giorgio Agamben, bajo la fachada de su guerra al terrorismo, la administración Bush “le está imponiendo al mundo un estado de excepción comparable a la *Ley de Empoderamiento* de Hitler de 1933”, en alusión a los poderes extraordinarios concedidos por el Congreso al inquilino de la Casa Blanca en septiembre-octubre de 2001.<sup>51</sup> Agamben no fue el único que encontró cierto tufo nazifascista en la doble política bushista basada en una concentración del poder corporativo en casa y un imperialismo agresivo en ultramar. Algunas voces en Estados Unidos pensaron lo mismo. Por ejemplo, Sheldon Wolin, constitucionalista moderado y profesor emérito en ciencias políticas de la Universidad de Princeton. Según Wolin, autor de un artículo de sugerente título: “Totalitarismo invertido”,<sup>52</sup> la guerra de agresión a Irak “está oscureciendo el cambio de régimen que se está produciendo en la *Homeland*” (definición de Patria utilizada por Bush en oposición maniquea a *Alienland* o los extranjeros y territorios de afuera). Para Wolin, en el marco de la contradicción democracia-totalitarismo, Estados Unidos se estaba moviendo “hacia un régimen totalitario”. Eso se reflejaba en el uso de un lenguaje con eje en los términos “imperio” y “superpotencia”, mismos que “simbolizan con precisión la proyección del poder estadounidense en el exterior”, lo que al mismo tiempo “oscurece” las “consecuencias internas”.

Parecía evidente, entonces, que el grupo que se había apoderado de la Casa Blanca estaba recurriendo al estado de excepción para encubrir sus verdaderos objetivos de dominio y control local y mundial. Era lo que sugirió Agamben en un artículo publicado por el conservador *Frankfurter Allgemeine Zeitung*: “¿Qué sucedería si la mayor potencia militar del mundo entrara en una dinámica de tipo tal (en alusión a la *Orden para la protección del pueblo y del Estado* que canceló las libertades en la República de Weimar), donde el derecho es suspendido y de manera continua y preventiva es librada

---

<sup>51</sup> Una primera versión de “Los nuevos nazis” fue escrita por el autor y publicada en *La Jornada* el 19 de mayo de 2003.

<sup>52</sup> Sheldon Wolin, “Totalitarismo invertido”. *The Nation*, 19. de mayo de 2003.

la guerra con base en requerimientos de ‘seguridad nacional’ e ‘internacional’, y sobre lo cual nadie estaría en posición de juzgar?”<sup>53</sup>

En febrero/marzo de 1933, Hitler obtuvo poderes dictatoriales para sofocar –valga la redundancia para nada inocente– el “estado de emergencia” con un “estado de excepción”. Primero se conculcaron todas las garantías individuales. Luego, una reforma constitucional aprobada con los votos del Partido Obrero Alemán Nacional Socialista y del Partido Católico del Centro, concentró todos los poderes en el Ejecutivo. El estado de excepción fue votado por 441 parlamentarios; 84 socialdemócratas votaron en contra. Se pasó del Estado democrático al totalitario. En septiembre de 2001, tras los atentados contra las *Torres Gemelas* de Nueva York y el Pentágono en Washington, la californiana Barbara Lee fue la única entre 435 representantes que votó en contra de la legislación que otorgó al presidente Bush autorización para utilizar la fuerza en el marco de la nueva doctrina de *Homeland Defense* (Defensa de la Patria), que derivaría el 24 de octubre siguiente en la represiva *Ley Patriótica* que vulneró las garantías individuales de los estadounidenses.

A partir de allí, el estado de excepción –como dice Agamben– dejó de estar vinculado a una situación de “peligro o emergencia reales”; la administración Bush lo utilizó como una “técnica de gobierno”. Sheldon Wolin –veterano en la liberación de Alemania del control nazi– calificó al gobierno republicano como “un régimen despiadado”, de “fanáticos e intolerantes ideológicos”, protagonista de lo que dio en llamar un “sistema de totalitarismo invertido”: que comparte con el nazismo la aspiración de un “poder ilimitado y un expansionismo agresivo, pero cuyos métodos y acciones parecen invertidas”.<sup>54</sup>

Una de las “inversiones” que encontró Wolin, fue que antes del ascenso de Hitler al poder, “las calles estaban dominadas por pandillas de musculosos totalitarios” (los *camisas pardas*) y el último resquicio de democracia estaba en el gobierno de Weimar. De manera diferente, en Estados Unidos de comienzos del siglo XXI, “las calles están vivas” y “el peligro real yace en un gobierno desatado”; sin limitaciones ni controles. Además, en la Alemania nazi “las grandes empresas estaban subordinadas al régimen político”, en tanto que hacia 2003 las corporaciones subordinaban a sus intereses al gobierno de Washington: es el “poder corporativo” como representante de la dinámica del capitalismo en expansión. La ciencia y la tecnología producen hoy “la pulsión

---

<sup>53</sup> Giorgio Agamben, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 19 de abril de 2003.

<sup>54</sup> Sheldon Wolin, “Totalitarismo invertido”, citado arriba.

totalizadora” suministrada en el nazismo por “nociones ideológicas como *Lebensraum*” (espacio vital).

Hitler utilizó los campos de tortura y exterminio para generar “un miedo en las sombras”. El objetivo del “terror nazi” era “movilizar” a una población ansiosa, para que se “sacrificara” por la Patria y apoyara las guerras y el expansionismo. En el territorio continental de Estados Unidos, en la era Bush, “no hay un equivalente doméstico” a los campos de concentración, pero *el miedo en las sombras* es producido por “los medios masivos de comunicación” y una “maquinaria de propaganda institucionalizada que utiliza los *tanques pensantes* de las fundaciones conservadoras”. Los medios como instrumento para promover “incertidumbre y dependencia” entre la población. Y si el nazismo dio a las masas movilizadas un sentido de “poder colectivo”, en el totalitarismo invertido de Washington “se promueve la futilidad colectiva”; la estadounidense es una sociedad “políticamente desmovilizada”.

Lo que estaba en juego, escribió Wolin, era la transformación de una “sociedad tolerantemente libre”, en una variante “de los regímenes extremos (totalitarios)” del siglo XX. Eso en lo interno. Y como apuntó el académico Stephan Hasam, a escala planetaria se pretendía imponer un “estado de excepción” propio de la *doctrina de seguridad nacional*, el esquema ensayado por Washington en América Latina en los años setenta, vía las dictaduras militares del Cono Sur que instrumentaron el Plan Cóndor para la *caza* y desaparición de disidentes políticos en la geografía subregional.<sup>55</sup> Lo que dio paso a una forma de terrorismo de Estado que asumió algunos rasgos similares al de los regímenes nazifascistas clásicos. Huérfano de intermediarios, al irrumpir el nuevo siglo Estados Unidos asumía la tarea de aplicar el terrorismo de Estado a escala global.

Cabe apuntar, al respecto, que en el marco de las guerras contra el “eje del mal” y el “terrorismo”, la administración Bush habilitó un campo de concentración en la base naval de Guantánamo, conocido como “Camp Five”, donde recluyó a cerca de 800 prisioneros de guerra, considerados “combatientes enemigos”, a los que durante años mantuvo en un verdadero limbo jurídico. Guantánamo no fue el único símbolo del terrorismo de Estado bushista. Imágenes sobre el uso de la tortura sexual y otras aberraciones contra prisioneros en la cárcel de Abu Ghraib, Irak, también dieron la vuelta al mundo. Luego se conoció que decenas de sospechosos de terrorismo fueron

---

<sup>55</sup> Profesor Stephan Hasam, politólogo. Conversación con el autor.

secuestrados y trasladados en vuelos secretos de la Agencia Central de Inteligencia a prisiones en Bagram, Afganistán y la isla Diego García, los nombres más conocidos de un archipiélago de cárceles clandestinas a cargo del Pentágono y la CIA. Otros sospechosos fueron reclusos en al menos 17 barcos que funcionaron como “prisiones flotantes” en alta mar, un recurso grotesco para mantenerlos tan lejos como fuera posible de los abogados y la prensa.

En todos los casos, el gobierno de Estados Unidos autorizó contra ellos el uso de la tortura, legalizada por el Senado el 28 de septiembre de 2006. Con esa disposición denominada Ley sobre Comisiones Militares, promulgada el 17 de octubre siguiente por Bush, se anuló también el *habeas corpus* (o protección del arresto arbitrario). Esas autorizaciones dieron luz verde a técnicas de tortura que iban desde el *waterboarding* (asfixia simulada o submarino) hasta la humillación sexual por parte de mujeres militares a los detenidos en los interrogatorios, como intento para quebrar la fe religiosa del prisionero, pasando por las amenazas con perros y la exposición a música alta, luces estroboscópicas y al calor o frío intenso durante largos períodos.

### **El 11/S y la nueva construcción social del miedo**

Por otra parte, en el inmediato post 11/S Washington logró fabricar a escala mundial la imagen del terrorismo como enemigo unificador de Occidente. Y en América Latina trató de imponer al “narcoterrorismo” como amenaza idónea a aniquilar. De allí la implementación del Plan Colombia para combatir a las FARC y el ELN. También, con apoyo de gobiernos locales dóciles, Estados Unidos y sus socios manufacturaron nuevos enemigos funcionales según las coyunturas, como el populismo radical, o la *mara salvatrucha* y *Los Zetas* para el caso de México, con sus antídotos: la Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte (ASPAN), el Plan México (rebautizado por razones de imagen como Iniciativa Mérida) y las “guerras” de Vicente Fox y Felipe Calderón contra el crimen organizado.

Si la Doctrina de Seguridad Nacional fue un instrumento ideológico-militar apto para contrarrestar a los movimientos de liberación nacional en los años 60/70 (la guerrilla y las organizaciones de izquierda clasistas como encarnación del enemigo “comunista”, la “antipatria”, la “subversión atea”), hoy, tras las derrotas militares de los grupos armados y la larga noche de la dominación castrense y la dictadura del pensamiento único neoliberal, dada la segmentación de los movimientos sociales y populares, el imperio, las oligarquías vernáculas y sus administradores cipayos han

venido trabajando en la construcción social del miedo. Es decir, en la fabricación del nuevo *enemigo interno*.

El miedo construye escenarios de riesgo en la subjetividad colectiva y altera la vida cotidiana mediante la angustia, el temor y una sensación de peligro latente. También genera odio; porque el odio es el miedo cristalizado, objetivizado. Miedo/odio a los pobres, a los marginados, a los resentidos, a los diferentes, a los indígenas, a los negros, a los antiCristos. A los “enemigos de México”. Así, todo lo que se opone a los intereses de los que mandan forma parte del mal, de lo diabólico, de lo irracional.

Sembradas en el subconsciente colectivo las imágenes del enemigo; identificados y socializados intencionalmente los culpables; impregnado el virus del terrorismo mítico; fabricado el miedo ante enemigos imaginarios e invisibles presentados como potenciales agresores, ante el temor de la sociedad, el sistema invade y controla la vida privada, genera imaginarios de exclusión: guetos, comunidades urbanas cerradas, barrios amurallados en fraccionamientos con seguridad privatizada. Una forma de crear fragmentación social; de promover el egoísmo individual; de erosionar la vida comunitaria y la solidaridad entre hombres y mujeres, mientras el miedo, la (in)seguridad estatal y el mercado se dan la mano.<sup>56</sup>

Los tres ejes clave en esa construcción del miedo, como caballos de Troya para militarizar al nuevo Estado autoritario e imponer la tolerancia cero de la *Doctrina Giuliani*, son el terrorismo y el “eje del mal” (Cuba y Venezuela incluidas); el populismo radical (Hugo Chávez, Evo Morales, Andrés Manuel López Obrador) y el crimen organizado “de los otros”. Ante esos enemigos míticos, imaginarios, impredecibles, utilizados como distractores (que en algunos casos existen, pero son potenciados por los medios de difusión masiva como propagandistas de “la razón de Estado” para imponer leyes más duras y recortar las garantías constitucionales e individuales), el modelo que busca imponer el sistema de dominación al interior de nuestros países es la “mano dura”: la militarización de las policías y la policialización de las Fuerzas Armadas (Ejército y Marina).<sup>57</sup>

En ese escenario manufacturado, el nuevo Estado policial autoritario se presenta ante la sociedad como “el salvador”. No como parte del conflicto sino como su solución. Así, la respuesta es la violencia institucionalizada. Por ello busca legitimar el

---

<sup>56</sup> Sobre el tema, ver Robinson Salazar, “Visibilizando al enemigo. EE.UU. versus América Latina” y “América Latina: securitización de la política y guerra contra la ciudadanía y los movimientos populares centroamericanos”, en *insumisos2000@yahoo.com.mx*.

<sup>57</sup> *Ibíd.*

uso de la fuerza y genera *de facto* un Estado de excepción. Con el juego de la “lucha contra el terrorismo” y el “crimen organizado”, encarcela a la sociedad. La vigila. Limita los espacios públicos. Invade la privacidad de las personas. Impone nuevas leyes represivas como la Ley Antiterrorista en Argentina, El Salvador, Paraguay o México –a imagen y semejanza de la Ley Patriota en Estados Unidos–, que permite la intervención de las comunicaciones privadas (telefónicas, Internet o grabaciones ilegales). Inventa guerras para ser vistas en vivo y en directo por la televisión. Discrimina. Fomenta la delación. El no te metas. Mata en los retenes. Viola mujeres. Y deja expedito el camino para que “agentes privados, corporaciones del mercado, mercenarios, paramilitares y sicarios detecten la oportunidad de lucrar con el crimen”.<sup>58</sup>

Porque de lo que se trata, en definitiva, es “hacer gritar a la inseguridad”,<sup>59</sup> para abrir las puertas al control y la represión. Un proyecto relativamente fácil para los diseñadores de la guerra de baja intensidad, toda vez que para ello se necesita de sectores ilegales y corruptos dentro de las instituciones policiales, militares y de seguridad del Estado, como ocurrió antes en el Cono Sur con las operaciones de contrainsurgencia de la Operación Cóndor.

Sólo que entre la represión al delito y la represión al conflicto social hay un hilo muy delgado. Ese es un tema clave de la GBI. La construcción del miedo y la fabricación de enemigos míticos, elusivos, como el terrorismo y el crimen organizado, obedece a la necesidad de aterrizar las armas, el entrenamiento y las asesorías para la represión. Para la guerra contra el pueblo. Eso ha sido el Plan Colombia. Eso será la Iniciativa Mérida. Es porque el pueblo se viene organizando desde abajo de múltiples maneras, sistémicas y antisistémicas, acumulando fuerza, elaborando proyectos alternativos autónomos, avanzando en grados de conciencia y organización, que los que mandan y sus administradores necesitan militarizar al Estado.

En el caso de México, país que comparte una enorme y porosa frontera de 3 mil 200 kilómetros con Estados Unidos, el “hacer gritar la inseguridad” responde a las necesidades de “seguridad nacional” de Estados Unidos, lo que convirtió *de facto* al polo más débil de esa relación asimétrica, en parte del “perímetro de seguridad” geográfica de la superpotencia. Al declararse en estado de guerra contra Al Qaeda, el gobierno de Washington dejó atrapado a México en una contradicción: si para Estados

---

<sup>58</sup> *Ibíd.*

<sup>59</sup> Ver Stella Calloni, “¿El combate a la delincuencia terminará en dictadura?”. *Masiosare* número 346, *La Jornada*, 8 de agosto de 2004.



Unidos el origen de la inseguridad era directamente el grupo radical islámico, para México lo era un Estados Unidos amenazado por Al Qaeda.

A partir de los ataques del 11 de septiembre de 2001, la Casa Blanca y la comunidad de inteligencia estadounidense explotaría esa contradicción al máximo. En 2002, durante la “Cumbre de Monterrey”, Bush le impuso al presidente Vicente Fox un “plan de acción” de 22 puntos, cuya meta era llegar a una “frontera inteligente”, es decir, eficiente y segura en la regulación del paso de mercancías y personas.<sup>60</sup> Además, Fox aceptó el intercambio de información de inteligencia y la existencia de ciertos controles de seguridad en México por agentes de Estados Unidos (del FBI, la CIA, Aduanas y otras agencias), así como la capacitación de elementos mexicanos en ese tipo de tareas por sus contrapartes estadounidenses.

El tema cobró alta visibilidad los primeros días de enero de 2004, cuando varias terminales aéreas mexicanas (entre ellas los aeropuertos de la Ciudad de México, Guadalajara, Los Cabos, Monterrey, Mérida y Acapulco), fueron ocupadas por agentes del FBI, la CIA y funcionarios de la Embajada de Estados Unidos en el marco de un operativo de control antiterrorista. Como señaló entonces Gilberto López y Rivas, nunca en los 70 años del régimen de partido de Estado los gobernantes de México se habían atrevido a llegar a tal grado de “ignominia”, a pesar de que muchos funcionarios, policías y militares mantenían estrechas relaciones formales y clandestinas con agencias de inteligencia de Estados Unidos; recibían “asesoría” del FBI en control de multitudes, vigilancia extra legal, técnicas de interrogatorio (tortura) y contrainsurgencia; fichaban y daban seguimiento a pasajeros que viajaban a Cuba y países socialistas, y entregaban a sus contrapartes estadounidenses “información” sobre los *subversivos* comunistas mexicanos y de otras nacionalidades.<sup>61</sup>

Lo más grave, ahora, era que quien había asumido la responsabilidad de practicar una política de colaboracionismo incondicional con Washington era el propio presidente Fox, quien se ufano de recibir “tareas” de su homólogo en la Casa Blanca: “Frecuentemente él (George W. Bush) me pide hacer algunas tareas, y yo a veces le pido otras”, dijo Fox durante una conferencia con corresponsales de la prensa extranjera.<sup>62</sup>

---

<sup>60</sup> Lorenzo Meyer, “La seguridad norteamericana: un problema para México”. *Reforma*, 30 de noviembre de 2004.

<sup>61</sup> Gilberto López y Rivas, “El gobierno de la ignominia”. *La Jornada*, 16 de enero de 2004.

<sup>62</sup> Juan Manuel Venegas, “Bush me solicita con frecuencia algunas tareas y a veces yo le pido otras: Fox”. *La Jornada*, 10 de enero de 2004.

Ya con Felipe Calderón en Los Pinos, Washington consiguió ubicar a México donde quería: en la fase de *colombianización*. Es decir, al borde de una intervención militar larvada y por etapas del Pentágono y los cuerpos de seguridad e inteligencia estadounidenses. Valiéndose de fabricaciones tales como México *Estado fallido*, que presionan hacia una “cooperación militar” y “acciones mancomunadas” de las fuerzas armadas de ambos países contra los cárteles de la droga, el *intervencionismo bueno* de Barack Obama no será al principio con bombas, misiles y proyectiles, sino con asesores, agentes encubiertos y mercenarios, que bajo la fachada de “contratistas privados de seguridad” serán los encargados del trabajo *sucio* en la “guerra” de Calderón contra los *malos*.

El binomio conformado por una institución armada convertida en Ejército de ocupación en su propio país y jueces políticos venales que actúan de consuno con los militares contra un “enemigo interno” bajo el paraguas de la contrainsurgencia, en un escenario de violencia y caos a nivel nacional, no deja mucho margen para el optimismo. Con esos antecedentes, lo que avizoramos para México es un nuevo modelo autoritario de seguridad. Un *Stato Nuovo* plutocrático-mafioso-bantustanizado, de corte cada vez más policial-militar, basado en prácticas de tipo contrainsurgente. Como hipótesis aventuramos que al nuevo Estado le corresponde un nuevo modelo de Fuerzas Armadas, formales e informales, así como un aparato de (in)justicia correspondiente.

Hipotetizamos, también, que transitamos hacia un nuevo *Estado de excepción*, que con la excusa de combatir a los cárteles, las mafias y la subversión, esté dirigido a controlar, criminalizar y/o aplastar a los movimientos sociales y a la disidencia política interna, resucitando, de paso, con otro nombre, el viejo delito de “disolución social” del diazordacismo, y que podrá recurrir a corto o mediano plazo a figuras como el estado de sitio, la ley marcial u otras similares. A nuestro juicio, asistimos a un larvado proceso de fascistización del Estado, y si no se lo frena ahora, su consecuencia lógica puede ser la consolidación de un nuevo Estado terrorista en México.